

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXIV

Deberes penosos

La falta más grave que, según los Talbert, podía cometerse después de los dos enormes crímenes que consistían el uno en «traspasar los límites de la Constitución para halagar a las masas», y el otro «en no limpiarse los zapatos cuando estaban llenos de barro»—crímenes que no por ser el uno político y el otro puramente doméstico, dejaban para ellos de ser idénticos,—consistía en la poca puntualidad a las horas de comer, porque sin ser unos verdaderos golosos o glotones, agradábales mucho que los manjares estuviesen en su punto. Esto no debe extrañar, porque suele suceder casi a todos los solterones que llegan a los cuarenta años. Se tomaban mucho interés por su comida, y en cambio querían que todo estuviese a punto desde la sopa hasta los postres. Una patata dura podía presentarse en su mesa como un fenómeno y hubiera producido una minuciosa investigación, o en su defecto, una escrupulosa revista de todo el utensilio de la cocina. En las comidas que daban se sabía que una vez pasado el cuarto de hora de gracia no se esperaba a nadie, sosteniendo la teoría de que hacer esperar a muchos convidados por culpa de uno sólo constituía una grave falta de cortesía.

Algunas malas lenguas—en todas partes las hay—decían que nuestros amigos habían faltado a esta regla, tratándose de un lord, pero esto era desconocerlos por com-

pleto, pues en rigor no hubieran esperado, a no ser que se tratase de un duque o por lo menos de un marqués.

Al ver que pasaban diez minutos después de la primera campanada y que Beatriz no parecía, Horacio y Herberto empezaron a ponerse graves. La sopa estaba en la mesa y Whittaker esperaba manifestando mucha simpatía hacia sus amos, lo cual no tiene nada de particular, porque desde hacía muchos años se había acostumbrado a apreciar los sucesos del mismo modo que ellos. Por más que no existían fundados motivos para suponer que Beatriz tuviese el oído un poco torpe, el mayordomo se atrevió a sugerir la idea de que tal vez no habría oído la campana. El rasgo más admirable del carácter de los Talbert consistió siempre en que para ellos la cortesía dominaba todo, aunque sucumbiesen los principios. Aquí el principio de que se trataba era el de la puntualidad, y por aquella vez hacía necesario plegarlo, y Horacio permitió que se tocase por segunda vez la campana, y esperaron cinco minutos antes de enviar a Whittaker, que volvió diciendo que la señorita, la niñera y Enrique salieron después del desayuno y que no habían vuelto.

—Entonces también se va a echar a perder el almuerzo del niño—dijo tristemente Horacio, sentándose a la mesa para dar principio al suyo. Su buen corazón sufría mucho al pensar que alguien estaba condenado a comer un manjar demasiado cocido. Terminado el almuerzo, solemne y triste, los dos esperaron un buen rato en el comedor, creyendo que Beatriz se presentaría de un momento a otro. No pensaban regañarla, pero se disponían a dirigirla unas frases de dulce reprensión, para demostrarla hasta qué punto el mal ejemplo de la inexactitud puede desorganizar una casa. No compareció, y el sermón preparado tácitamente se cambió en declaradas expresiones de asombro y en suposiciones acerca de una ausencia que se iba prolongando más de lo regular. Tal vez se habría ido a comer a la ciudad u ocurridola un accidente. En el instante en que emitían esta idea, presentóse Whittaker llevando en una bandejita de plata, un plieguecillo azul.

Era un telegrama de Beatriz fechado en Oxford Circus y redactado en los términos siguientes: «Estamos en Londres. No paséis cuidado por nosotros. Escribiré esta noche.—BEATRIZ.»

Grande fué la sorpresa que experimentaron los Talbert. ¿A qué asunto o persona se debía el que su sobrina hubiese ido a Londres? No se les ocurrió ni por asomo siquiera la idea de que aquello podía ser poco correcto, creyendo, por el contrario, que Beatriz estaba en Londres, sin duda, en casa de su padre, pues muy bien pudiera suceder que sir Maingay estuviese enfermo. Beatriz pudo haber interceptado un despacho telegráfico, y enterada de su contenido púsose en viaje, obedeciendo a un primer impulso, pero ¿por qué se había llevado a la niñera y al niño? ¿Por qué...? Siéndoles imposible por el momento dar una respuesta satisfactoria, fué preciso que tuviesen paciencia y esperasen hasta la llegada del correo del día siguiente por la mañana.—Beatriz pudo muy bien expresarse de una manera más explícita—observó Horacio relejendo el telegrama.—Sí—dijo Herberto,—aun podía disponer de nueve palabras.

—El telégrafo es la peste de la vida moderna—siguió diciendo su hermano,—y a él se debe el que las personas se hayan ido acostumbrando a un estilo chabacano e impropio. Estoy seguro que hoy son muy pocas las personas que saben redactar una carta.—Y esa observación se debía a que, no obstante estar dotado Horacio del don de hacer frases elegantes, sufría las tendencias del siglo que arrastran a las gentes a hablar con las menos palabras posibles y con un estilo cortado que recordaba el de Mordle.

—Confío en que volverá muy pronto—dijo Herberto.—Frank llega pasado mañana.

—Parece que está completamente restablecido.

—Así es—respondió su hermano.

—Entonces le daremos vino del 58, porque el del año 47 está concluyéndose.

Esto no era avaricia, sino sencillamente la vigilancia ilustrada de un propietario entendido sobre su bodega. Además, ¿quién se habría quejado de tan delicada gradación? El vino del 58 es muy delicado y muchas personas lo prefieren al del 47. La carta prometida por Beatriz llegó al otro día. Horacio fué el primero que la leyó, y su rostro expresó el descorazonamiento más grande. Volvióla a leer y después se la dió a Herberto, el que, a pesar de lo que le advertía el rostro de Horacio, estaba muy lejos de adivinar. He aquí lo que decía la carta:

«Mis queridos tíos: Sería ingrata si durante más tiempo os dejase sumidos en la incertidumbre. No me ocurrió nada desagradable, y esto lo habréis comprendido al ver ayer mi telegrama. No sé en verdad qué deciros, como no sea que por ahora no puedo explicaros la causa que motivó mi viaje, y que cuando fuí a vivir a vuestro lado, creí que podría permanecer ahí tanto tiempo cuanto me permitieseis. Ahora, y confieso que lo siento en el alma, véome obligada a abandonaros y vivir sola, y durante algún tiempo a guardar el secreto acerca del lugar en que residiré. A la hora presente, ni yo misma lo conozco aún, pero casi puedo asegurar que será fuera de Inglaterra; no puedo deciros el porqué, ¿me perdonaréis, no es verdad? No paséis ningún cuidado por mí, me voy haciendo vieja y empiezo a adquirir experiencia; acompañame Sarah y Enrique, de manera que no me encontraré tan aislada. Si circunstancias superiores a mi voluntad me impiden deciros a dónde voy, no por eso dejaré de daros noticias mías, mas si os ruego con todo encarecimiento que no tratéis de buscarme, y que hagáis lo posible para juzgar con indulgencia a vuestra querida y desgraciada BEATRIZ.»

—¿Qué quiere decir eso, Herberto?—preguntó Horacio con voz sepulcral.

—¿Qué es lo que eso quiere decir?—repitió Herberto. Y se sentaron contemplándose con asombro, pensando que una catástrofe parecida a aquella y tan imprevista no había ocurrido nunca desde que el mundo existe. Su propia sobrina, la reproducción femenina de sus venerables personas, exacta personificación de todas sus ideas, conjunto de cuanto encierra en sí una mujer distinguida e irreprochable, ¡su sobrina culpable de una aventura, de una escapatoria! Esto era afrentoso, sencillamente horrible. Leyeron y relejeron; discutieron el sentido de cada palabra, de cada frase, pero este análisis no sirvió para nada. Viendo que no obtenían resultado comentaron ciertos hechos relacionados con el carácter de Beatriz tal como lo conocían o creían conocerlo. Aunque no hubiesen sufrido los ataques de ese sentimiento que forma el fondo de toda novela, no faltaban personas, en bastante número por cierto, que pensaban que si alguno de ellos era capaz de experimentarlos, sería de fijo Herberto.

A todos sus conocidos parecíales indudable que si una

viuda deseaba renovar sus lazos conyugales habría emplazado sus baterías apestándolas al hermano menor, como más vulnerable que el primogénito. Respecto a ese particular, circulaba una vaga tradición en la que se decía que Herberto experimentó en cierta época de su vida un sentimiento de carácter especialísimo hacia una simpática joven, y que su hermano mayor, movido por laudable egoísmo, mató en germen.

A no ser por esta persuasión, hallárase a la sazón tal vez solo Horacio encargado de sostener sobre sus hombros todo el peso de la administración de Hazlewood house. Herberto fué el primero que consideró la cuestión bajo su aspecto novelesco.—¿No crees que Beatriz puede tener... contraído un compromiso que no podríamos aprobar?

—¿Cómo es posible una cosa semejante?

—¡Tampoco hubiéramos creído nosotros que fuese Beatriz capaz de hacer lo que hizo!—y el argumento era tan irrefutable, que en el primer momento impresionó a Horacio, que se quedó meditando.—No—replicó éste, al cabo, con la gravedad de un juez que pronuncia una sentencia,—no es posible sea lo que decís, porque nuestra sobrina no manifestó nunca sentimientos de esa naturaleza, ni siquiera síntomas. Parecía muy feliz y contenta, y a lo que creo, no había perdido aún el apetito, que siempre creí que era bueno.

—Si, comía bien.

—Dejando eso a un lado, ¿quién querríais que fuese? Es dueña de sus actos, y si hubiese deseado casarse, nosotros no habríamos tenido ni voz ni voto en esa materia. Es muy capaz de tener una voluntad como lo probó, exigiendo que sus fondos quedasen enteramente libres.—Esto probaba que, a pesar del tiempo transcurrido, Horacio no había podido digerir aún el regalo del siete por ciento hecho a sus amigos los banqueros de Blacktown. Herberto, sometiéndose en esto a las ideas de su hermano, abandonó la de un matrimonio clandestino para asirse a otra.—Hace un momento que me pregunto si no nos hemos equivocado acerca de su verdadero carácter—dijo con acento que revelaba profunda tristeza.

—Temo mucho que por desgracia acertéis—replicó Horacio en el mismo tono.

—Parecía tan tranquila... Si bien es verdad que la recla-

mación de esas gentes sobre el niño la trastornó mucho.

—Sí, creo que os aproximáis un tanto a la verdad—dijo Horacio,—¿se deberá acaso su fuga a los temores de que la arrebatasen el niño? Es una huida insensata y no me lo explico de otro modo.

Herberto a su vez impugnó esta opinión, para lo cual presentó nuevos argumentos. ¡Beatriz aseguró con tanta firmeza que las reclamaciones no seguirían adelante y los acontecimientos justificaron más sus previsiones...! Así continuaron discutiendo sin aproximarse a la verdad, porque en esta ocasión no podían formular ni aun la teoría más insensata. Al fin púsose Horacio en pie.—Es necesario que hagamos algo—dijo,—porque nos hallamos en una situación embarazosa. Esa huida puede tener para nosotros desastrosas consecuencias, y es conveniente hacer una cosa que nos repugnará a los dos...

—¿No iréis a emplear algún medio por el que podáis descubrir cuál es su paradero...?

—No, por cierto. Es muy dueña de su voluntad y libre para ir a donde se le antoje. Me refiero a nosotros mismos. La vida se nos volverá intolerable si el suceso se divulga.

—¿Cómo impedirlo? En casa todos saben que Beatriz se marchó y nadie ignora que lo hizo sin llevarse equipaje.

—En eso mismo estaba pensando—contestó Horacio con aire de melancólico triunfo. Tiró del cordón de la campanilla y mandó al que se presentó que llamase a la doncella.—Juana—la dijo,—desde Londres han enviado a buscar a la señorita, y como es muy probable que tenga que prolongar allí su permanencia, tened la bondad de recoger sus trajes y colocarlos en las maletas, y cuando esté terminado de arreglar el equipaje de la señorita, haréis lo mismo con el de la niñera y el niño.—Juana hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se retiró no tardando mucho rato en volver para preguntar qué vestidos ponía en las maletas.—Dos de calle y cuatro para visita o reunión—respondió Horacio con mucha viveza. Y Herberto no pudo menos de admirar en su hermano esa presencia de espíritu que hacía se elevase con tanta rapidez a la altura de las circunstancias.

Juana preguntó inmediatamente qué trajes.—Como es natural, los más nuevos—la contestaron.

—¿Y cuáles más? ¿El de seda negra, el de encaje del

mismo color, el corpiño bordado con azabache o la túnica de brocado?—Al llegar a este punto no supo Horacio qué contestar, pero pronto salió del paso diciendo:—Ahora subimos y os ayudaremos.

Así lo hicieron, dirigiéndose al cuarto de Beatriz, en donde, lentes en mano, inspeccionaron cuidadosamente la operación de hacer un baúl. Solía generalmente agradecerles mucho dedicarse a esta clase de trabajos. En aquella ocasión la tarea les fué penosa. Apenas se atrevían a mirarse cara a cara, y ambos, lo que no tiene nada de particular dada la respetabilidad de su carácter, sentíanse avergonzados al tener que mentir. Terminada la operación en el cuarto de Beatriz, enviaron sola a Juana a que hiciese lo mismo con las ropas de Sarah y de Enrique. Para esto no tuvieron necesidad nuestros amigos de intervenir, y mandaron que bajasen las maletas y las colocasen en el coche, en el cual tomaron asiento los dos. La maniobra fué tan hábil, que hasta Whittaker se despidió. Llevaron los equipajes a Blacktown y allí los dejaron en la estación.—Fácilmente comprenderéis lo que me propongo—dijo Horacio mientras se dirigían a la casa.—Beatriz *se marchó* a Londres en donde *debe* permanecer larga temporada. Tenía necesidad de sus ropas y se las mandamos.

—Cuanto decís es exacto—contestó Horacio.

El trastorno que la noticia del viaje o huida de Beatriz produjo a los Talbert fué tan grande que olvidaron la visita de Frank o la recordaron tan tarde—a la mañana siguiente—que no era tiempo de avisarle ni aun telegráficamente. Conforme a lo que de antemano anunciara y siempre acompañado de la «eterna esperanza», que no hacía más que crecer y embellecer, llegó Frank en el tren de la mañana, y sorprendido al no hallar el coche de sus parientes a la puerta de la estación, tomó un cab y ordenó a su cochero le llevase a Hazlewood house, Whittaker fué quien salió a recibir.

—¿Qué tal vamos aquí?—le preguntó alegremente. No tuvo tiempo de oír la respuesta del mayordomo, porque los dos hermanos se presentaron para recibirle y estrecharle cordialmente la mano, acompañándole al comedor, en donde después de los cumplimientos pudo Frank preguntarles:—¿Y cómo va por esta casa?

Los Talbert se apresuraron a contestar que bien, pero

Frank adivinó en sus graves semblantes que ocurría algo y se preguntó con terror qué desaguisado habría cometido la cocinera o alguno de los criados.—¿Y Beatriz?—preguntó afectando toda la indiferencia que le fué posible, a pesar de que se hacía muy largo el tiempo, viendo que no se abría la puerta y aparecía la joven. Los Talbert cambiaron una triste mirada.—Beatriz—respondió Horacio,—no... está aquí.

La sangre se heló en las venas del joven, porque la entonación de Talbert era tan grave y enfática, que Frank no dudó ni por un momento que a las palabras acompañaría un trágico ademán señalando al cielo. Así que no pudo menos que respirar con más desahogo cuando vió que su pariente se detenía.—¡Qué no está!—respondió.—¿Ha salido?—¿Es preciso que espere un rato para poderla saludar?—Cambio de nuevas miradas entre los dos hermanos.—Beatriz se marchó ayer a Londres—declaró Horacio.—Frank se asombró mucho.—¡A Londres! Cuando hace pocos días que llegó de allí. ¿Volvió a casa de su padre?

Frank buscaba una excusa para marcharse de Hazlewood e irse a Londres. Un silencio de mal agüero acogió esta singular pregunta.—¿Qué pasa? ¿Ha sucedido alguna cosa grave?—preguntó Frank con inquietud.

—Ha sucedido una cosa muy extraña, querido Frank—dijo Horacio,—pero como lo ocurrido es un secreto de familia, nos parece que no podemos daros cuenta de él, y esto no es porque no pueda sernos de gran utilidad vuestra opinión.—Frank se manifestó cada vez más alarmado.—Yo también soy de la familia—dijo con mucha viveza. Los Talbert menearon la cabeza con aire de duda, no les convenían las razones de Frank. La familia eran ellos dos, a lo sumo tres personas contando a Beatriz.—Tengo además el derecho de saberlo todo—añadió Frank, que verdaderamente sufría de un modo horrible,—y no veo la razón por la que os haya de ocultar nada. Amé a Beatriz desde el día en que la vi, y la única esperanza que aliento es casarme un día con ella. Reclamo el derecho de enterarme de todo lo que la concierne.

El asombro que se retrató en los rostros de los dos hermanos hizo honor a sus naturalezas confiadas, o a la circunspección que desplegara Frank en sus asuntos amorosos.—¡Dios mío! ¡Es posible, Frank!—balbuceó Horacio.

—Si, la pedí su mano el otoño pasado, antes de marcharme, y me la negó. Ahora me proponía renovar mis peticiones.—¿Y se negó?

—Sí, pero ¡por el cielo! decidme pronto lo que ha sucedido.—Herberto—dijo Horacio,—creo tenemos la clave de ese enigma.—Herberto hizo con la cabeza un signo de asentimiento.—¿Qué clave y de qué enigma se trata? ¿No veis, mis buenos amigos, que vais a volverme loco?—exclamó Carruthers.

—Beatriz se marchó ayer, mirad la carta que nos envió hoy—dijo Horacio dándosela a Frank y retirándose discretamente a un lado, con objeto de discutir en voz baja mientras su primo la leía. Es difícil pintar el asombro de Frank, y lo mismo que sus parientes, sólo acertó a balbucear:—¿Qué quiere decir esto?

Horacio y Herberto se aproximaron. Este fué el primero que tomó la palabra y le pertenecía de derecho, puesto que él fué quien emitió la suposición de un accidente novelesco.—No queremos juzgarlos mal ni echaros nada en cara, querido Frank, pero el hecho de la negativa de Beatriz y vuestra llegada para reiterar la demanda, explican suficientemente que haya huido con el objeto de evitar un encuentro. Somos poco expertos en asuntos de esa naturaleza, pero hemos oído hablar con mucha frecuencia de señoritas jóvenes que huyeron para librarse de una penosa... ¿cómo lo diré...?—Persecución—apuntó Horacio.

—No, la palabra se presta a consecuencias enojosas; eso no, Frank.—A medida que los dos hermanos expresaban sus convicciones, mirábalos Frank con creciente sorpresa, y a pesar de la ansiedad que le dominaba no pudo contener sus ímpetus de risa lanzando una carcajada.—El asunto no es para tomado a risa—observó Horacio.

—Eso es una locura, sencillamente pura locura, mis buenos amigos—replicó Frank.—¿Acaso tengo el aire de esas personas que se dedican a perseguir sin cesar a una mujer? ¡Dejad a un lado esa suposición! Soy tan orgulloso como vosotros, y si volví a esta casa fué porque Beatriz me autorizó a ello. ¿No sabéis que habíamos convenido en Londres que haríamos juntos el viaje?

Recordaron entonces que Beatriz les había indicado alguna cosa y comprendiendo que sus suposiciones carecían de base, Frank recibió de una manera digna sus humildes

excusas, que nadie sabía ofrecer con tanto talento como los dos hermanos. Después de esto estuvieron hablando un buen rato pero sin deducir ninguna conclusión. Frank dijo poco porque se hallaba necesitado de calma y soledad. De este modo pasaron algún tiempo hasta que Frank oyó que el coche se detenía ante la puerta principal.—Dispensadnos si no pudimos ir a buscaros; estaban los caminos tan llenos de lodo que no habrían podido lavar el coche a tiempo para nuestra salida de la tarde—dijo Horacio.

—¿A dónde vais? ¿A dar un paseo?—preguntó Frank y le respondieron:—No, vamos a hacer unas cuantas visitas.—Se quedó asombrado al oír esta contestación, pensando que un día como aquel de tan enojosas circunstancias muy bien pudo dejarse para otro el cumplimento de los deberes sociales.—Es un deber muy penoso, pero es indudable que alguien ha de tomarlo a su cargo—dijo Horacio.—Es preciso que hagamos comprender a nuestros amigos que tras el viaje de Beatriz no se oculta nada y que se marchó a Londres para pasar allí una temporada prometida desde hace mucho tiempo. Esa es la única manera de evitar que se cebe en nosotros la maledicencia.

Hasta aquel instante no había comprendido Frank toda la grandeza del carácter de Horacio. Los hermanos se alegraron para aprovechar el tiempo y dirigirse a casa de lady Bowker, con quien se trataban desde niños; a la señora Catesby, la viuda de majestuoso aspecto y afable carácter, rica e influyente en el condado, a la que agradaba mucho la sociedad de los artistas. Después visitaron a la esposa del rector, a la familia Purton, la de Flether: unas visitas fueron a personas que pertenecían a la aristocracia o a otras a las que sus riquezas colocaban en el rango de familias «en buena posición». Eran muy amigos de las señoras, tanto, que no temieron continuar sus visitas hasta el límite extremo de la hora permitida por la costumbre. Cuando volvieron creyeron haber hecho todo lo posible para ocultar la inaudita huída de Beatriz.

En el momento que los Talbert acudían donde les llamaba su deber, Carruthers les suplicó le dejaran la carta de Beatriz, a lo que ambos accedieron considerando que había dado pruebas suficientes de su perfecto derecho a formar parte del consejo de familia. La cogió y se fué a la biblioteca para meditar en los acontecimientos: tratábase

para él de averiguar el poderoso motivo que impulsó a Beatriz a tomar semejante resolución. Horacio le había contado lo sucedido con referencia a la reclamación del niño, y esto puso en claro una duda que hacía mucho tiempo le atormentaba dándole la clave del por qué Beatriz salió de Londres con tanta precipitación, pero al segundo punto no halló ninguna explicación. La reclamación no siguió adelante, parecía abandonada, aparte de que Beatriz tal como Frank la juzgaba, hubiera preferido la lucha a la huida. Dejó a un lado todo lo que se refería al niño, o al menos le aplazó para hacer una indagatoria especial. Herberto habló de la posibilidad de un amor, y Frank, que estaba seguro de que ni la sombra de una sospecha de ese género se podía tener respecto a Beatriz, desechó esta suposición.

Además conservaba en su memoria dos o tres recuerdos que no le abandonaban ni un momento y que convertían esta explicación en indigna y en un verdadero sacrilegio. Reconoció siempre en Beatriz una mujer de superior inteligencia, recto sentido y muy capaz de prever las consecuencias de sus actos. Estaba seguro de que no había tomado resolución semejante, sin tener en cuenta cuáles podían ser las consecuencias probables en el caso presente. No era,—a juicio de Frank,—ni una descabellada idea novelesca, ni tampoco el resultado de una excentricidad de carácter. Era indudable que sólo un motivo muy poderoso podía haberla impulsado a tomar la determinación de marcharse. Que era desgraciada decíalo claramente su carta; ¿la amenazaba algún peligro? ¿Cuál? ¡Ah! ¿Por qué no podría estar a su lado para evitarla todo pesar? Puso a Dios por testigo que intentara todos los esfuerzos humanos sin pensar en la recompensa.

Sufría y se desalentaba, y en aquella misma habitación fué en donde gimió su primera decepción, después de lo que le animó la esperanza de que la mujer a la que amaba sería suya algún día... y, sin embargo, cuando él llegó ya no estaba allí. Se marchó sin decir adiós y sin indicar a nadie dónde iba, ni dejar adivinar la causa de su marcha precipitada. ¡Saber que huía ante cualquier peligro desconocido y amenazador era un pensamiento demasiado cruel y horrible para soportarlo resignadamente! La llevaba buenas nuevas, que aunque fuese sólo a título de amiga, no

dudaba que Beatriz habría acogido con alegría, no habiéndola dicho nada en Londres, porque sólo deseaba ocuparse del asunto cuando todo estuviere terminado. Al cabo vislumbraba la posibilidad de librarse de un cargo para él muy pesado, el de instruir a los que con tanta amargura calificaba de idiotas y estúpidos, porque desde hacía algunos meses habíase tornado un hombre metódico y arreglado, y de este modo pudo ahorrar una cantidad de mucha consideración.

Su sueño favorito fué siempre el de crearse un porvenir en la literatura, y estaba a punto de lograr la realización de sus esperanzas, habiendo obtenido mucho éxito sus artículos políticos, y como consecuencia le ofrecieron la plaza de redactor en uno de los periódicos más importantes. Hallábase también en prensa un manuscrito en el que fundaba grandes esperanzas, y tal vez muy pronto la nombraría y la fortuna le saldrían al paso. Todo deseaba contárselo a Beatriz antes de volver a Oxford para arreglar sus asuntos y decir adiós a la clásica ciudad. En aquel instante hallábase en la misma situación que el hombre que desea llevarse a los labios la copa del placer y se la arrancan de la mano con brusco ademán.

Tenía la seguridad de que encontraría a Beatriz si le convenía, pues por muy sagrado que pareciese a sus tíos el deseo de no ser perseguida, Frank imaginó que esto no le concernía a él. Todo esto en el supuesto de que no pensaba ir a reclamar el auxilio de un *detective* (inspector de policía), pero sí que cuanto pudiese intentarse, él sólo lo intentaría para poner en claro el misterio. Para él la huida de Beatriz revestía un carácter mucho más grave de lo que imaginaban Horacio y Herberto. Quiso ver el retrato de Beatriz, recordando que en el salón había uno muy bueno, y permaneció mucho rato en muda contemplación de aquella imagen querida y juró que ésta era la mujer más encantadora de la tierra, muy digna de que se viviese o muriese por ella.

Salió del salón para volverse a la biblioteca, y al atravesar la antecámara presenció un extraño espectáculo. Whitaker, el digno, el irreprochable mayordomo, completamente vestido de negro y con la mayor indignación retratada en su rostro, empujaba con todo su cuerpo la puerta

mientras que con la mano derecha luchaba con un objeto que le impedía cerrarla por completo. Un examen algo más detenido permitió a Frank convencerse de que el objeto de que se trataba era la punta de un grueso bastón, poca cosa a la verdad, pero lo suficiente para anular los esfuerzos del fiel servidor. La ira más que los esfuerzos impedían casi respirar al respetable Whittaker, que estaba más colorado que un pavo. Aquel solo espectáculo del encofetado mayordomo bastaba a Frank aunque no hubiese sabido nada, para convencerle de que ocurrían graves sucesos.—¿Qué ocurre?—preguntó al mismo tiempo que se dirigía hacia la puerta.—¿Quién es?

—Un hombre, señor Carruthers—contestó Whittaker respirando con mucha dificultad.—¿Qué quiere?

—Me preguntó por la señorita Clausón, señor, y le contesté que estaba de viaje.

—Bien, ¿y qué más?—A Frank empezó a interesarle el asunto. Entretanto, las dos partes beligerantes, tanto a un lado como a otro de la puerta, habían suspendido con una tregua tácita las operaciones.

—Me dijo le indicase en dónde estaba y le diese sus señas, y le contesté que no lo sabía y me llamó granuja y embustero, señor—respondió Whittaker con emoción indecible y una voz ahogada que expresó lo avergonzado que estaba.—¡Granuja y embustero a mí, señor Carruthers!—Y su voz tornóse lacrimosa al repetir sus labios la injuria.—Abrid la puerta para que le vea—contestó Frank.

—Si estuviese en vuestro lugar no lo haría, señor—dijo el mayordomo.—Tengo miedo de que se entregue a violencias personales.

—No importa, abrid, no tenéis cuidado que se entregue a ninguna violencia contra mí, y en último caso podéis resguardaros detrás de mí.—Whittaker comprendió que esto último podía ser una burla porque Frank no le llegaba a los hombros. Acostumbrado, sin embargo, toda la vida a obedecer, abrió la puerta, y Frank se halló frente de un individuo que representaba su misma edad.

Un mocetón robusto, fornido y que vestía a la última moda, demasiado a la moda quizás para tener el aire de un verdadero caballero. Como se habrá adivinado era Mauricio Hervey, que habiendo concedido a Beatriz veinticuatro horas de gracia, ponía en práctica su amenaza de

ir él mismo por la contestación. No obró de esta manera porque esperase verla, ni tampoco porque tuviese preparado un plan de acción para el caso que se resistiese, sino porque le constaba que su visita la aterraría. Por esta causa, al oír que Whittaker le respondió que la señorita Clausón estaba de viaje, se le ocurrió la idea de una tentativa de fuga, y se conmovió tanto, que perdió por completo la sangre fría e injurió al anciano servidor. Cuando éste le respondió cual debe hacerlo en ocasiones semejantes un criado de buena casa, es decir, cerrando con dignidad la puerta, se alivió a meter el bastón entre ésta y el quicio para que no pudiese cerrarse.

Hervey y Frank se contemplaron con mucha atención, estando muy lejos de imaginar este último lo que significaba la presencia del otro y la importancia del papel que representó en la vida de Beatriz.—Y bien, ¿qué hay?—preguntó Carruthers con frialdad.

—Ruego que se me deje repetir algunas preguntas que iba a hacer al criado cuando éste cerró con tanta grosería la puerta, dándome con ella en las narices—respondió Hervey.

—Y yo deseo repetir la respuesta que os dieron y que recibisteis de una manera tan grosera.

—¿No sabéis sus señas?

—Si habláis de la señorita Clausón, no, no las sé.—Hervey vaciló.—¿No sois el señor Talbert?—preguntó.

—No—respondió friamente Frank.

—¿Entonces podrá informarme el señor Talbert?

—No lo dudo, pero creo querrá informarse de las razones en que se funda esa pregunta.

—Quiero esperar para hablarle.

—En cuanto a eso, no. Como es natural, no tengo derecho de impedirlos que volváis, pero no quiero que esperéis.

Hervey frunció el entrecejo.—¿Queréis echarme?—repliqué con aire de desafío.

—No, por cierto—respondió Frank con mucha cortesía.

—Sois más corpulento que yo, lo menos pesáis diez kilos más. ¡Oh! ¡No os apuréis! Lo único que haré será mandar que suelten los perros o enviar a la población en busca de la policía; estad tranquilo, que os aseguro que no intervendré de otra manera.

Hervey murmuró entre dientes algo que a Frank se le

figuró era un juramento, y se volvió un tanto como para seguir el consejo de éste, mas de repente le miró cara a cara preguntándole:—¿Por ventura sabe el señor Talbert a dónde fué su sobrina?

Frank experimentó una sensación extraña, pues por más que su interlocutor hizo la pregunta con gran sencillez y una aparente intención, no consiguió disimular su alcance. Se apercibió de que aquel individuo, fuese quien quisiese, había adivinado la fuga de Beatriz.—No—respondió mirándole con fija cara a cara,—no, el señor Talbert no conoce esas señas.

Sin replicar una palabra más Hervey dió una vuelta sobre sus talones y se alejó. Frank se fué a la biblioteca, adivinando de un modo vago, si no la verdad, alguna cosa que a causa de esa misma vaguedad le aterraba aún más que la misma certidumbre. La consecuencia de esta media adivinación fué que hiciese traición a la causa de Herberto y Horacio; resolvió alistarse en el partido de Beatriz, trabajar para ésta y dejar a los dos hermanos en la ignorancia. Salió de la biblioteca y llamó a Whittaker.—Hicisteis muy bien despachando a ese hombre, señor Carruthers—dijo este último con ademán de aprobación.

—¿Os parece así? Si estuviese en vuestro caso no hablaría de eso a los señores Talbert, Whittaker.

—Señor—replicó el mayordomo con acento conmovido,—sentiría mucho tener que revelarles un secreto como ese. El señor Talbert y el señor Herberto se incomodarían bastante si supiesen que se infirió una injuria como esa a uno de sus criados.

—Tampoco hablaría del asunto en la repostería.

—¡Señor!—exclamó el mayordomo profundamente indignado.

—¡Ah! Me olvidaba de la persona con quien hablaba. Perdonadme.

—Sí, el señor lo había olvidado—repitió Whittaker con mucha dignidad. Y sin duda para demostrar que no le guardaba rencor no tuvo ningún reparo en recibir dos medias coronas que le ofreció Carruthers.

¿Quién era la persona que tanta ansiedad demostró para conocer el retiro de Beatriz? Esta fué la primera pregunta que se hizo el joven al quedarse solo, y dejando a un lado la conducta del desconocido con Whittaker, su pro-

pio instinto hizo comprender a Frank que aquél no pertenecía a la clase en que Beatriz escogía a sus amigos. Convencióse de que no era oro fino, sino una falsificación, porque Herberto y Horacio tendrían siempre el aspecto de unos caballeros, aun cuando no fuesen vestidos con elegancia o con un traje hecho jirones, y lo mismo le sucedía a él cuando fuese demasiado modesto para nombrarse, pero ese intruso... De repente estremeciése. ¿Por qué le había dejado marcharse? ¿Por qué no le obligó a confesar los motivos en que se fundaba para reclamar sus señas?

Cogió su sombrero y echó a correr por el paseo con la esperanza de alcanzarlo y no pudo conseguirlo, porque Hervey aprovechó la casualidad de pasar por allí un coche vacío que se dirigía a Blacktown, y en el instante en que Frank le buscaba encaminábase hacia la ciudad, acompañándole el poco agradable pensamiento de que la manera como Beatriz huía de él iba a poner en un grave compromiso, y empezando a pesarle el no haber exigido una gruesa cantidad, dejando para más tarde la venganza. En nuestro siglo prosaico, una tentativa de venganza fracasa de cada cien veces, noventa.

Si Carruthers no halló al hombre que buscaba, tropezó en cambio con otro. Con Silvano Mordle. Este y su triciclo ocupaban el centro de un grupo de aldeanos. Habíale ocurrido un accidente a su metálica montura, y el pastor, sonriendo como si un velocípedo echado a perder fuese la más grande de las dichas para un clergyman, examinaba con mucha paciencia las ruedas, los muelles y cadenas. Los labriegos dieron rienda suelta a su humor festivo y burlón, y unos y otros bromeaban dirigiéndose a la máquina:—Se mareó.—¡Pobre animal, está desfallecido, mandad que le den de comer, señor Mordle!—¡Ponedle lumbre en la tripa!—Y así siguieron largo rato las chanzonetas de sus ovejas, que Mordle escuchaba con mucha calma y sonriendo, pero de pronto volvió la cabeza y vió a Frank Carruthers entre los curiosos. Colocó en pie y lo mejor que pudo la desarreglada máquina, y los dos amigos se estrecharon afectuosamente la mano.—¡A ver aquí uno!—dijo Mordle interpelando a los del grupo.—¡Que lleven eso a mi casa!—Y volviéndose a Frank, añadió:—Ahora, amigo

mfo, vamos a echar un párrafo. Sabía ya que llegabais esta semana. Venid a mi casa.

Pasó su brazo bajo el de Frank, obligándole a echar a andar.—No puedo ofrecer más que una taza de té—siguió diciendo.—Té y tabaco. Ahí tenéis las consecuencias de pertenecer a la iglesia. No hay medio de ofrecer a un amigo un vaso de whisky antes de las dos de la tarde. Podría llegar a oídos de un enemigo.—Charlaba alegremente y parecía hallarse en las mejores disposiciones. Esto se debía, naturalmente, a que creyó que Frank no hubiera vuelto a abrigar la esperanza de obtener la mano de Beatriz. Frank, en concepto del pastor, se hallaba en Oakbury porque estaba seguro de que saldría bien en una segunda tentativa.—Tengo que hablaros de muchas cosas—prosiguió diciendo con su estilo cortado.—Faushaw me escribió que abandonáis la enseñanza. Contádmelo. No, esperad a que esté hecho el té. ¿Me visteis hacerlo alguna vez? ¡Qué cosa más deliciosa!—exclamó.—¡El té es la bendición de la cristiandad!

Colocó en el centro del hogar la cafetera que empezaba a hervir y abrió una cajita de té.—Yo, Silvano Mordle, he descubierto que hay un error muy grande en la manera de preparar el té. Todo el mundo continúa preparándolo como veinte años ha, lo mismo que cuando costaba a siete chelines seis peniques la libra, una cucharadita de té por taza y otra por la tetera, yo he aumentado lo dosis en la proporción que el precio.—Y materialmente vació la cajita en la tetera y echó el agua hirviendo.—Así debe estar dos minutos y en seguida se sirve. El aroma no se desperdicia, ¡probadlo!—El té estaba muy bueno.—Ahora—dijo Mordle,—decidme qué novedades ocurren.

Mientras duró la preparación del té, Frank se entretuvo reflexionando y pensó que necesitaba el auxilio de una persona que no fuese ni Herberto ni Horacio, que no trataban más que de evitar las murmuraciones y de ocultar a los amigos la fuga de Beatriz. Constábale que Silvano era muy franco y que sabía guardar un secreto, y confió en que podría obtener de él algunos detalles acerca de la vida diaria de la joven en los últimos tiempos y prescindiendo de vacilaciones se lo reveló todo al reverendo, pero sin hacer ninguna salvedad. Y una vez terminada su confidencia, Frank pudo alabarse de haber visto lo que nadie

vió antes que él. Al oírle, el expresivo y franco rostro del pastor expresó dolor y remordimiento. Este cambio hizo estremecer a Frank.

—Desde el día en que ocurrió se oprime con frecuencia mi corazón—dijo Mordle con abatimiento.

—¡Cómo! ¿Qué os pasa? Hablad por el amor de Dios, si es que podéis facilitarme algún dato.

—Hice mal, muy mal. No debí ceder, pero cedi.

—Negaros, ¿a qué? Tranquilizaos y explicádmelo.

Obedeció Mordle y contó a Frank toda la historia del viaje a Blacktown. Frank, que poco antes oyera el incidente ocurrido con los Rawlings, hizo lo posible para consolar a Mordle consiguiéndolo en parte. A pesar de esto, este último no pudo desechar la convicción de que la visita a la posada entraba por mucho en la fuga de Beatriz. Le costó mucho arrancarle la promesa de que no iría a contar lo ocurrido a los hermanos Talbert.

Resolvió ir en busca de la mujer visitada por Beatriz, empezando a inclinarse hacia la opinión de Horacio de que aquella había huido por salvar a su favorito. ¿Quién podía asegurar que el hombre que luchó con Whittaker no era un hombre enviado por un procurador o abogado? En vista de esto, muy bien pudiera ser que Beatriz hubiese dado el paso de que se trataba con la esperanza de retrasar las persecuciones, y en este caso su fuga no era más que un acto de locura y todo terminaría a satisfacción de todos. Hizo todo lo posible para adoptar este punto de vista y no pudo conseguirlo creyendo que existía algo más, y que el hombre al que había visto, poseía la clave del misterio, y no pudo menos de maldecir la impremeditación con que le dejó escapar.

XXV

Otro deber penoso

Aquella tarde fué la más triste que pasó Frank en Hazlewood, no viendo en toda ella a los Talbert, hasta que el eco de la campana los hizo reunir a todos en el comedor. Las visitas que estos últimos hicieran, habían terminado tan tarde, que tuvieron que mudarse apresuradamente para no incurrir en la grave falta de exactitud que para ellos equivalía a una especie de suicidio moral. La comida se resintió también de esta tristeza, y gracias a la presencia de Whittaker hubo de encerrarse en ciertos límites la conversación. Frank contó con muchos detalles los cambios que iban a verificarse en su manera de vivir, pero como al mismo tiempo que hablaba, no podía por menos de pensar en el modo como Beatriz habría recibido la noticia, su conversación carecía de la jovialidad y humorismo de que tantas pruebas diera. A Herberto y Horacio les admiró mucho el cambio y manifestaron la convicción, — una convicción en la que iba ligeramente envuelta la duda, — de que todo saldría a pedir de boca, pero no dejaba de ser algo arriesgado abandonar lo seguro por lo incierto, y que Frank sabía más que nadie lo que le convenía. Esta última opinión fué aprobada mentalmente sin reservas de ningún género por el interesado.

Para que nadie faltase en tan aciago día, vieron que la botella de vino de 1858 estaba revuelta, que el líquido se había vuelto turbio y hasta espeso, pero aunque lo hubiese estado más que un puré de garbanzos o de habas, tan

preocupado se hallaba Frank que no reparaba en ello. La conversación fué languideciendo poco a poco, y al llegar a los postres se habló poco, casi nada, del triste acontecimiento. Frank se mostró silencioso y pensativo, haciendo esfuerzos en su imaginación con el objeto de coordinar la aparición del desconocido, la visita a la posada y la huida de Beatriz. Proponíase obrar por sí solo, y en interés mismo de Beatriz desechó el concurso de los dos hermanos en las pesquisas que iba a emprender. El aspecto meditabundo de Frank afligió a los parientes, que ante su negativa de continuar bebiendo, le propusieron volver al salón, propuesta que Frank se apresuró a aceptar. Allí al menos podría estar sentado delante del retrato de Beatriz. — ¿Tenéis intención de hacer alguna diligencia para averiguar la verdad? — les preguntó.

— No lo creo. Herberto y yo hemos considerado el asunto desde todos sus puntos de vista, y somos de opinión de que no se puede hacer nada. En las numerosas visitas que hicimos hoy, vimos que se generalizaba la opinión de que Beatriz fué a pasar una temporada a casa de unos amigos.

— Era un deber muy penoso, pero comprendimos la necesidad imprescindible de cumplirlo — dijo Herberto, — a más de que nos lo imponían las circunstancias para impedir que se cebase la maledicencia.

— Estoy seguro de que el juicio de Frank acerca de la situación es igual al nuestro — añadió a su vez Horacio. En los labios de Frank dibujóse una sonrisa sardónica. — En efecto, debió seros muy penoso — respondió, — y os debisteis figurar que erais dos jóvenes espartanos ocultando una zorra bajo las túnicas.

— Con frecuencia oí esa comparación, pero nunca me llamó la atención — dijo Herberto.

Carruthers no pudo reprimir una carcajada que sorprendió mucho a los dos hermanos que no comprendían que aquello provocase la hilaridad. Un chiste acudió a los labios del joven, y en ellos murió, quedándose muy satisfecho por no haber dicho ni una palabra. ¿A qué conducía apenas aquellos dos corazones que eran sin duda incapaces de comprender la cruel ansiedad que le causaba la desaparición de la joven, del mismo modo que él lo era de apreciar la importancia de las consecuencias que tanto temían? El hecho de considerar las cosas desde un mismo

punto de vista se explica por el temperamento, la costumbre o la educación. Precisamente en el momento en que Frank se entregaba a estos pensamientos, presentóse Whittaker con el té, lo que le dió tiempo de distraerse, que necesitaba tanto más, cuanto mayor fué el esfuerzo que tuvo que hacer para dominarse.

Aquel día no habían terminado aún las desdichas en Hazlewood y faltaba aún algo que colmase su medida. En medio de su distracción, movió Frank el brazo y vertió una taza cuyo humeante contenido escaldó una de las más lindas mesillas de laca de la China, orgullo de los Talbert y objeto de envidia para todos sus amigos y conocidos. La comparación de los Talbert con los espartanos, pareció a Frank cada vez más oportuna y agradó mucho a Herberto y Horacio, cuando sin dejar de sonreír confirmaban una y otra vez que lo ocurrido no valía la pena. Ni siquiera llamaron para que acudiesen a reparar el desastre, pero debo declarar que Whittaker, testigo de la catástrofe, echó a correr en busca de rodillas de algodón y que se puso a empapar, esponjar el líquido y frotar la mesa con la ternura y las precauciones con que una madre cariñosa se dedica a hacer las abluciones del hijo de sus entrañas cuando éste padece una irritación en la piel. Horacio y Herberto dejáronle hacer en un principio, y juzgando que su aparente indiferencia tranquilizó a Frank, se pusieron a arrollar las puntas de un paño blanco, metiendo los picos en los menores intersticios con el mismo esmero con que una niñera que sabe su obligación limpia los oídos de los chiquitines que le fueron confiados.

Frank, que permanecía en pie a su lado, deploró su distracción y experimentó verdadera satisfacción en el momento en que Whittaker salió de la habitación después de recoger los restos de las catástrofe. El accidente de la mesita relegó, al parecer, a Beatriz a un segundo término, y por aquello, sin duda, de que un clavo saca otro, un segundo disgusto contribuye a borrar el recuerdo del primero. Frank comprendió, sins ningún esfuerzo, que sus primos continuaban pensando en el malhadado incidente, y así era la verdad. Al cabo de algunos instantes Horacio salió del salón, volviendo en seguida con un frasquito de barniz de ebanista y un pedacito de franela, y con mucha gravedad se puso a bruñir su precioso tesoro. Frank no se pudo

contener más, porque las fuerzas humanas tienen sus límites. Después de lo ocurrido durante el día, sus nervios habían adquirido una tensión extraordinaria, y le pareció que si seguía contemplando más rato a Horacio, no podría resistir un loco acceso de risa.—¿Queréis fumar?—preguntó a Herberto.—¿Vamos al comedor?

—No hay ningún inconveniente—respondió Herberto, aborrió aún su espíritu en lo ocurrido con la mesa. Sin embargo de esto, acompañó a Frank al comedor, en donde no tardó en reunirseles Horacio completamente impregnado aún con el perfume penetrante del barniz, de modo que los remordimientos de Frank se despertaron al herir aquel olor los nervios del olfato.—Aun nos queda por llenar otro deber muy penoso—dijo Horacio.

A Frank se le ocurrió inmediatamente que ese deber se refería a la mesilla de laca.—Creo que estamos obligados a informar a sir Maingay de lo ocurrido con Beatriz.

—Es natural, se trata de su padre.

—Sí, y es preciso decirselo, y como creemos que es preferible decirselo de viva voz, mañana iremos a Londres.

Desde hacía algún tiempo, Frank se entregaba a profundas cavilaciones para buscar una excusa o pretexto para emprender un viaje precipitado. La continua presencia de Herberto y Horacio y sus temores de molestarles, dadas las circunstancias, habrían acabado por hacerle volver el juicio y aprovechó la ocasión que se le presentaba.—Iré con vosotros—dijo. Los hermanos protestaron, pero Frank sostuvo su decisión.—Creo, mis queridos amigos, que no os oculté nada de lo que pasaba en mi corazón; sabéis, por tanto, cuál es la verdadera causa de mi visita; ¿cómo es posible que permanezca aquí cuando Beatriz está ausente?—Convínose, al ver las razones alegadas por Frank, en hacer el viaje al día siguiente.

Frank indicó que sería conveniente que antes de emprender el viaje se informasen de si Beatriz había dispuesto del dinero que tenía en depósito en la banca de Blacktown y Herberto y Horacio fueron a ver a los señores Furlong, que les dijeron que su sobrina había pedido mil libras esterlinas. Al salir de la casa de banca no encontraron a Frank y tuvieron que esperarle bastante, porque según manifestó se entretuvo curioseando unas casas antiquísimas que existían al final de la calle. Esto no era verdad, y

sí que se fué corriendo a la Posada del Pescador, habló a la posadera y averiguó por medio de ésta las señas de la señora Rawlings. Lo cierto era que los hermanos Talbert le hubieran podido facilitar aquella noticia, pero no quiso molestarles con este detalle.

Giles, el cochera, acompañó a sus amos para volverse a llevar el coche, y por esta causa los dos hermanos no pudieron dar cuenta a Frank antes de hallarse en el vagón del resultado de su entrevista con los banqueros. La noticia le apesadumbró porque la cantidad pedida por Beatriz indicaba que su ausencia sería larga.—¿Pedisteis—preguntó—los números de los talones?—No.

—En vuestro caso lo hubiera hecho. Es fácil encontrar el primero que cambie, y averiguar a dónde se dirigió.

—No se me ocurrió—contestó Herberto admirado. Horacio no dijo nada. Su conciencia, sin embargo, le reprochaba no haber recordado el detalle, pero el amor propio le impidió confesarlo. En Londres se separaron dirigiéndose los Talbert al hotel en que acostumbraban a hospedarse, y Frank, que deseaba estar libre y no encontrar ningún obstáculo, hizo lo mismo encaminándose al suyo. Al día siguiente los Talbert se presentaron en casa de sir Maingay Clausón mientras tanto que Frank alquilaba un coche y mandaba le llevasen al número 142 de Gray street, que era donde vivían los señores Rawlings hermanos, proveedores de carnes de cerdo. Preguntó por la señora Rawlings, y no sabiendo si era la esposa del señor José o la del señor Juan, tuvo necesidad de indicar que buscaba a la que poco tiempo atrás fuera a Blacktown. Era la del señor Juan, la que él buscaba, y tanto éste como su esposa no se hallaban en Londres, y probablemente tardarían una semana en regresar. Por esta razón se vió obligado Frank a aplazar sus averiguaciones hasta que terminase la ausencia de estos señores debida sin duda a haberse dedicado a la caza o persecución de algún otro niño.

Bastante desanimado, pensó que no le quedaba más recurso que apelar al prosaico medio de seguir la pista a los números de los talones, y le pesó habérselo indicado a los dos hermanos. De regreso a Oxford, arregló lo mejor que pudo sus negocios y convino con su colega Faushaw, el amigo de Mordle, que le enviaría tantos discípulos como le fuese posible, sintiéndose tan poco dispuesto a trabajar,

que se consideró feliz al no verse obligado a hacerlo, porque los emolumentos de su nuevo cargo no debía cobrarlos hasta pasados seis meses, de modo que fuera de la ocupación de corregir las pruebas de su libro, no tenía más que hacer que buscar a Beatriz.

Herberto y Horacio fueron más dichosos. Sir Maingay estaba en su casa y al verles pareció muy contento. Pero esta efusión ocultaba una especie de terror, que el baronet experimentó siempre al ver a sus cuñados, sin duda, por la notable semejanza de éstos con su difunta esposa. En cuanto a mí, confieso francamente que creo que un viudo debería despedirse de todos los parientes de su primera esposa cuando contrae un nuevo enlace. Se me dirá que es un penoso deber, pero opino—cual hubieran opinado los hermanos Talbert—que debe cumplirse.

—No os podéis figurar cuánto celebro veros, querido Horacio, mucho me alegro, Herberto—dijo el baronet.—¡Qué buenas caras tenéis! ¡Siempre gozando de tan buena salud!—Ambos se apresuraron a responder que efectivamente estaban buenos.—No habéis envejecido ni un solo día, ¿es porque no sabéis lo que son los soldados de la familia! Esa es una de las ventajas de los solterones. No os imagináis ni aun remotamente que la familia lleva consigo tantas alegrías como responsabilidades.—Y sir Maingay inclinó la cabeza como hombre que tiene la experiencia de lo que sostiene. En el mismo instante oyóse un ruido infernal en el piso de encima. Dijérase que daban golpes redobladados con un instrumento de madera encima de un objeto de metal.—¿Estáis de obra?—preguntó Horacio.

—¡Oh! ¡No! Supongo que son los diablillos de mis hijos que están jugando, son unos verdaderos granujillas—añadió el cariñoso padre oyendo que el estruendo iba en aumento.—Me parece que están muy cerca las habitaciones de los niños—dijo Herberto que parecía indignado.

—No es en esas habitaciones donde hacen tanto ruido, sino en la sala del baño que cae aquí encima precisamente—dijo el baronet.—Mis hijos suelen ir alguna vez y se entretienen en arrojar las esponjas con sus palas o volantes. Ya sabéis que cuando somos muchachos nos gusta mucho entretenernos con esos juegos.—Horacio y Herberto se callaron porque no estaban enterados de aquellas costumbres, pero se creyeron muy ofendidos pensando que

se pudiese, aludiendo a sus años de inconsciencia, acusarles de que se hubiesen portado de aquel modo.—Voy a llamar para que digan a esos diablillos que se callen—dijo sir Maingay,—y si no será mejor mandar que los acompañen aquí; ¿no es verdad, Horacio, que os gustará ver a mis hijos? ¿Y a vos, Herberto?

Herberto, por cumplir disponíase a decir que sí, pero Horacio se interpuso severamente.—No, Maingay—replicó,—ahora no, porque tenemos que hablar de cosas muy serias, pero si queréis podemos esperar a que... vuestros hijos hayan concluido.—Felizmente para todos, el momento en que esto sucedía, alguna persona menos indulgente que aquel padre tan débil, intervino, sin duda alguna, porque cesó el ruido y se pudo continuar la conversación.—Tenemos que hablar—añadió Horacio—respecto a Beatriz.—Precisamente era uno de los asuntos en que menos le agradaba acuparse a sir Maingay, y con seguridad que no fuera él quien suscitara semejante conversación en presencia de sus cuñados. Por más que nunca se lo hubiesen manifestado verbalmente, opinaba que no debían estar conformes con la conducta que observó con su hija, creyendo que desaprobaban se hubiese marchado al extranjero dejándola sola, aunque este fuese el deseo de Beatriz. Para muchas personas, sobre todo para aquellas que no tenían la conciencia muy tranquila, la censura muda y grave de los Talbert era mucho más temible que los reproches y la ira de todos los demás.—¿A propósito de Beatriz?—repitió sir Maingay.—Confío en que no estará enferma, por más que cuando la vi después de su último viaje me pareció que no estaba muy buena.

—No, no está enferma, pero a pesar de eso experimentamos alguna inquietud por su causa.

—¡Ah! Me figuro que sé lo que vais a decirme y que estoy preparado para ello.—Horacio abrió desmesuradamente los ojos.—¿De veras?—dijo.—Si es así, eso hará que nuestra tarea sea menos pesada.

—¡Vamos! Venís a decirme que Carruthers está enamorado de mi hija. Ese joven vino aquí una o dos veces y lo adiviné en seguida. Me dijo la última vez que estuvo que iba a pasar una temporada en vuestra casa.

—Sí, lo que decís forma parte de lo que pensábamos deciros.—Los dos hermanos habían resuelto dar cuenta a sir

Maingay de las esperanzas de Frank.—¡Bueno!—exclamó el baronet,—estimo bastante a ese joven, aparte de que es uno de vuestros parientes. Os aseguro, mi querido Horacio, os afirmo, mi querido Herberto, que no puedo olvidar los tiempos felices en que vivía a mi lado la pobre...—Vaciló, el nombre se le escapaba. Pensad en esto, incautas jóvenes que creéis que vuestros maridos se mostrarían siempre inconsolables si la muerte les privase de vuestra compañía.—...con un miembro querido de vuestra familia.—Gracias—contestó Horacio con mucha calma. El señor Talbert reconoció que la intención de sir Maingay era buena.

—Beatriz es dueña de sus actos—prosiguió diciendo el baronet—y de su voluntad, y yo no tengo ningún derecho sobre su fortuna, que entre paréntesis, es casi igual a la mía. Esto me satisface mucho, porque teniendo hijos me será imposible hacer nada por ella el día que me muera.—De este modo continuó perorando, pronunciando una verdadera justificación de sí mismo.

—¿No valdría más, mi querido Maingay, que escucháseis lo que tenemos que deciros, y que en seguida hicieseis cuantas reflexiones os pareciesen oportunas?—preguntó Horacio con dulzura.

—Sería lo más acertado—añadió Herberto. Desde la época en que se conocieron adquirieron los dos hermanos con respecto a sir Maingay una actitud de superioridad contra la cual el digno baronet no trató nunca de luchar. Obedeció y se calló. Los Talbert le contaron toda la historia de Beatriz sin enseñarle la carta que se olvidaron de pedir a Frank. Sir Maingay les escuchó pacientemente, y al parecer la noticia no le trastornó mucho.—Haremos todas las diligencias que sean necesarias, o al menos os prometemos ayudaros con todas nuestras fuerzas en lo que hagáis—dijo Horacio a manera de conclusión.

—Es una lástima, pero no veo qué diligencias pueden hacerse—respondió tranquilamente sir Maingay.

—Ni nosotros tampoco, mas siempre creímos que era deber nuestro avisaros sin pérdida de tiempo.

—Perfectamente pero siempre os dije que Beatriz se mostró muy amiga de hacer su antojo, y que tuvo caprichos muy raros, sí, siempre. ¿No lo sabáis? Ya recordaréis que alegando las razones más estrambóticas, no ha

querido ser presentada en palacio y que se niega a vivir bajo el mismo techo que su madre...

—¡Su madre!—exclamaron a una los Talbert, y dirigiendo sus miradas a un cierto cuadro colgado en la pared. Era un hermoso paisaje que ocupaba el sitio en otra época, destinado a la representación «de todo el corazón» de sir Maingay. El baronet se ruborizó.—Quise decir que mi mujer—dijo.—Podéis estar seguros de que ese es otro de sus extraños caprichos; ¿no decís que la acompaña una criada anciana y respetable? ¡Oh! ¡Entonces no os apuréis de ese modo, que todo marchará bien. Tal vez tiene intención de escribir un libro, porque las señoras mujeres cometen toda clase de extravagancias para llegar a convertirse en escritoras. Lady Fanny Beaumont se marchó a Patagonia y ha sostenido un combate con los negros en no sé dónde, matando a dos o tres según creo. Además de esa, hay otra señora que está pasando muchos trabajos con ese mismo objeto en Italia o en España. ¡Visteis alguna vez cosa parecida! ¡Hacen en nuestra época cosas increíbles!

—Algunas mujeres no diré que no—observó severamente Horacio, porque su ideal, caso de que lo tuviese, no era femenino,—pero estáis satisfecho y no insistamos.

—¡No! ¡No estoy satisfecho! Es muy enojoso para mí el pensar que una hija a la que estimo mucho ande errante por esos mundos de Dios; tengo, empero, confianza de que todo se arreglará sin disgustos. Mirad, ahí viene mi esposa, ahora sabremos cuál es su opinión acerca de ese asunto.

Se presentó lady Clausón, que estaba tan hermosa como de costumbre, y Horacio y Herberto se pusieron en pie para recibirla con solemne galantería. Los Talbert se mostraron siempre muy corteses con la segunda esposa de sir Maingay. Su señoría lo atribuía al poder de sus encantos y en esto se equivocaba por completo, porque con su conducta los dos hermanos sólo trataban de demostrar que si su cuñado había tenido a bien volverse a casar, a ellos maldito lo que les importaba. Cuando la enteraron de lo que pasaba, lady Clausón se volvió con aire de triunfo hacia su esposo. Como suele suceder algunas veces a personas mejor educadas que ella, su odio la hizo olvidar todas las consideraciones.—Siempre os dije—declaró su señoría—que esa joven haría alguna cosa deshonrosa.

—Querida, mi querida Isabel...—dijo sir Maingay dirigiendo tímidas miradas hacia donde se hallaban los dos hermanos. Estos se levantaron como dos muñecos impulsados por el mismo resorte. Sus ojos de mirada tranquila y clara se fijaron en lady Clausón, que se puso muy encarnada.—Milady—dijo Horacio,—los individuos de nuestra familia, y creo poder decir también los de la de sir Maingay, no tienen por costumbre ejecutar actos deshonrosos. Es cierto que Beatriz se marchó de nuestra casa sin consultarnos, pero estoy seguro de que si conociésemos las razones en que se funda su conducta, tanto su padre como nosotros se lo aprobaríamos.

Lady Clausón comprendió, aunque tarde, que acababa de cometer una inconveniencia, pronunciando aquella frase, y se excusó con mucha humildad. Los Talbert aceptaron sus excusas y la expresión de su pesar con gran amabilidad, y después de admirar y acariciar los tesoros infantiles de la *nursery* (1), que ordenó sir Clausón bajasen en obsequio de las visitas, éstas se despidieron.

—Lo que es Maingay no es de esos hombres que embellecen envejeciendo—dijo Horacio. Herberto meneó tristemente la cabeza con el aire de un hombre que se ve obligado a su pesar, a confesar que un hecho es cierto. No obstante sus excusas a los Talbert, milady repitió a su esposo cuando se quedaron solos que Beatriz había hecho una cosa deshonrosa.

—¡Oh! No creáis, querida—le respondió sir Maingay,—sólo es una genialidad. Ya sabéis y no he de repetiros el por qué no puede venir a vivir aquí; pues bien se cansó de permanecer en Oakbury. Eso no me admira, Herberto y Horacio son dos verdaderos solterones; se repasan las medias, bordan y hacen *crochet* y otras labores de esa clase. No se atrevió a decir que se aburría y se marchó.

He aquí de qué modo se encontró nueva explicación a la fuga de Beatriz; nada más atrevido que buscar las causas de los acontecimientos; es casi tan aventurado como preverlos.

(1) Habitaciones destinadas a los niños.

XXVI

Un discurso que conmueve

Después de varios e inútiles viajes, al cabo encontró Carruthers a la señora Rawlings instalada tras el limpio mostrador en el número 142 de Gray street. Parecía hallarse muy ocupada en sus quehaceres, y deseosa de recuperar el tiempo perdido con las repetidas ausencias de su esposo. En la mano tenía largo rosario de sonrosadas salchichas de dos pulgadas de grueso, que mediante una maniobra sólo conocida de los iniciados, convirtió en un festón simétrico para adornar el escaparate. Al oír que Frank deseaba hablarla reservadamente se secó las manos, y levantando la trampilla del mostrador le rogó que la siguiese al entre-suelo. Fueron a parar al saloncito, habitación empapelada con colores chillones, cuyo suelo cubría una alfombra muy parecida al papel y adornada con muebles imitación de nogal y tapizados de azul. Encima de la chimenea, veíase un espejo con marco dorado, y en el mármol, un sinnúmero de chucherías y dos enormes jarrones de cristal. En el hogar chispeaba un mediano montón de carbón tras una rejilla y un guarda fuego de bruñido acero. Era una habitación que parecía abrir unos ojos muy grandes para contemplaros cuando entrabais. Un hombre menos preocupado que Frank por el asunto que allí le llevaba se hubiera fijado llamándole la atención su aspecto general. Con todo, a pesar de su preocupación no pudo menos de exclamar:—¡Qué habitación más alegre!

—Es muy alegre, la necesitamos porque habéis de saber, señor, que algunas veces matamos treinta cerdos antes de almorzar.—Esto parecía una digresión.

—Pobres animales—dijo Frank con mucha seriedad y sin indicar claramente si el epíteto se aplicaba a las víctimas o a los asesinos.

—Cuando me casé con Rawlings encontraba eso muy triste, y así que decidí que todo lo que no se relacionase con los negocios, tendría en adelante un carácter alegre.

—Y lo conseguisteis—dijo Frank sentándose en una de las sillas azules que le ofrecían.

—Así lo espero, señor—siguió diciendo la Rawlings.—Ved lo que son las cosas. Todas las posiciones tienen sus ventajas. Hay mucha gente a la que no gusta la salchichería, y con todo es un oficio muy decente y en el que no se levanta tanto polvo como en las panaderías. Confieso que el polvo me da horror.

Es muy seguro que si Frank no hubiese estado tan emocionado pensando en Beatriz se divertiera haciendo charlar aquella mujer, pero no podía olvidar el objeto de su visita, y entró en seguida en materia. En efecto, la señora Rawlings había estado en Blacktown y hospedándose en la Posada del Pescador. En aquel viaje, ella, o mejor dicho su marido, creyó reconocer a su niño perdido en el que vivía en Hazlewood. Sí, era cierto que una señora joven fué a visitarla una mañana, que no la dijo su nombre, pero que tenía una apariencia hermosa, elevada estatura, poca edad, hermosos ojos grises e iba muy bien vestida, una verdadera lady, pobre niña, ¡una verdadera lady! ¿Querría contar la señora Rawlings a Frank todo lo que pasó en la entrevista? ¡Oh! ¡Eso jamás! La buena mujer cerró los ojos, apretó los labios y meneó a todos lados la cabeza con ademán solemne y enérgico. El efecto combinado de esta maniobra estaba destinado a probar que la confidencia de Beatriz quedó sepultada en el santuario de su corazón. Hallábase resuelta a callarse el secreto y sin duda hubiera cumplido su promesa a no experimentar ninguna presión. Pero desgraciadamente se trataba de una de esas mujeres que tienen que sostener violenta lucha en su interior para guardar un secreto y que no tardan en entregarlo, no en conjunto sino en detalles y poco a poco, y se les escapa como a su pesar, y sin que se den cuenta de ello. Al que-

rer rehuir las preguntas de Frank para guardar el secreto de Beatriz, semejábale la señora Rawlings a una persona que desea meter en una maleta un colchón de pluma, que a medida que se va metiendo por un lado, por el otro se hincha y sale fuera, impidiendo echar la llave. Las palabras ¡pobre criatura! repetidas sin cesar llamaron la atención de Frank y acabaron por despertar de una manera extraordinaria su curiosidad, persuadiéndole de que la investigación que llevaba a cabo no tenía una importancia secundaria, como creyeron en un principio, sino grande.

¿Tenía derecho a averiguar lo que Beatriz manifestó tanto empeño en ocultar? Así lo creyó porque la amaba con una pasión entrañable y pura, exenta de egoísmo; tan poco egoísta que no buscaba la causa de la fuga por sí mismo, sino para ser útil a su amada dado caso de que su auxilio la fuese necesario. Sí, el hombre que ama a una mujer y comprende que es correspondido, tiene derecho a saber lo que a ella se refiere. ¿Exigió Beatriz a la Rawlings el juramento de guardar silencio? No podía creerlo, opinando que a esta buena mujer, cual suele sucederle a gran parte de las de su sexo, la gustaba rodear de misterio detalles sin importancia. Beatriz tal vez la pagó para detener sus persecuciones y no se atrevía a confesarlo.

—Escuchadme—la dijo,—es preciso que sepa cuanto medió entre vos y esa señora. Os advierto que callándoos la causaréis un perjuicio más grave, y hablando la prestaréis quizás un gran servicio.

La Rawlings cerró los ojos y meneó negativamente la cabeza. Frank insistió en su demanda, pero su interlocutora resistió, dejando escapar alguna frase imprudente que le hizo comprender que a Beatriz la impulsó a hacer aquella visita una angustia profunda, un grave disgusto. A consecuencia de esto, empezó a creer que, a pesar de que juraba ignorar hasta el nombre de Beatriz, la Rawlings podría darle algunos informes muy útiles acerca de la fuga de la joven.—¿Podréis indicarme dónde podré encontrarla?—preguntó.—Si os negáis a decirme lo, creed que la causáis un perjuicio irreparable.

Habló con seriedad y convicción, mirando fijamente a su interlocutora, queriendo adivinar en la expresión de su rostro si sabía o no las preciosas señas. De repente una inspiración súbita acudió a la imaginación de la Rawlings,

lo cual no tiene nada de particular, porque la inspiración lo mismo favorece a los poetas que a los salchicheros. ¡Aquel joven que tan deseoso se mostraba de adquirir informes era el causante de todo el daño, de toda la vergüenza! ¿A qué conducía el ocultarle la verdad? Además de ésta había otra razón más importante; ¿y si el silencio causaba un daño irreparable?—¿Queréis hallarla?—preguntó.

—Quiero encontrarla y no descansaré hasta que lo haya logrado—dijo Frank y la Rawlings creyó adivinar en la contestación y en los modales de éste, que había acertado.—Sí, id a buscarla, caballero. Id y cumplid vuestro deber. Si sois quien yo me figuro, vuestra conciencia os dictará lo que debéis hacer. ¡Ah! ¡Caballero, aprovechad la ocasión para reparar el daño causado, puesto que aun es tiempo! ¡La vida es tan insegura! ¡Acciones como esas son de las que su recuerdo persigue a un hombre hasta en su lecho de muerte!

La expresión de sorpresa que revelaba el rostro de Frank, se cambió de pronto en otra que era igual a la del terror.—¡Continuad!—baluceó con voz ahogada.

—¿Os habré juzgado mal?—añadió la señora Rawlings.—Puede que no lo sepáis todo. Me dijo que el niño había nacido rodeado del mayor secreto; ¿ignoráis que nació? Id a buscarla inmediatamente, caballero, y reparad el daño hasta donde alcancen vuestras fuerzas. Lo único que puedo deciros, es que creo muy difícil que un caballero pueda encontrar una mujer más digna y más hermosa que esa señorita. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Cuánto ha debido sufrir!

Carruthers se puso lívido y tuvo que agarrarse al borde de la mesa para no caer desplomado al suelo. La Rawlings le miró y creyó que su improvisado sermón había producido su efecto.—Vamos, no os pongáis así—dijo con más dulzura,—sin duda podréis alegar alguna excusa. Los viejos no debemos juzgar a los jóvenes con mucha severidad.

—Decidme todo lo que os dijo, no me ocultéis la menor palabra—baluceó Carruthers. Una vez que obligó a aquella mujer a hablar quiso apurar hasta las heces la copa.

—¡Oh! ¡Pobre señorita! Me lo contó todo y de qué manera la reclamación de mi marido la obligó a revelar su secreto, y mi corazón se oprimió, tanta pena me causó el oírla. Me aseguró que nadie sospechaba la existencia del

chiquitín, y que si yo no le ayudaba no tendría más remedio que hacerla pública, y después manifestó que habiendo experimentado muchos deseos de tener el niño a su lado, se las ingenió de modo que lo consiguió. ¡Oh! ¡Podéis creer, caballero, que es una criatura preciosa!

—¿En dónde puedo encontrarla?—repitió Carruthers, aunque sin gran esperanza de obtener una respuesta.

—¿En dónde? Supongo que en ninguna parte al lado del niño, por ahí, hacia Blacktown. Sabéis su nombre, yo no lo sé; pero, ¿no es verdad que cumpliréis con vuestro deber?

—Sí, cumpliré con mi deber. Gracias, adiós, señora—dijo Frank y se retiró siguiendo el mismo camino que cuando entró, y la Rawlings se dedicó otra vez a sus ocupaciones. No conocía los nombres de la mujer que la visitó en Blacktown, ni tampoco el de Frank, pero hoy, cuando piensa en aquellas escenas y recuerda la expresión de remordimiento que creyó ver en el rostro del joven, se considera dichosa diciéndose que algunas veces pocas palabras bien dichas y sentidas, aunque pronunciadas por una humilde mujer como ella, han servido para asegurar la victoria decisiva del bien sobre el mal, y la felicidad de una de sus semejantes, de una persona de su sexo. ¡Que semejante equivocación pueda ocurrirnos alguna vez a nosotros, porque siquiera en ese instante seremos felices y esto constituye una satisfacción! La Rawlings poseía un alma de temple y un carácter noble, y no obstante, vamos a despedirnos de ella, deseándola de todo corazón gran prosperidad en los negocios del establecimiento de Gray street.

¡Pobre Frank, al que sus pesquisas metieron en un mal paso, que averiguó a medias la terrible verdad; se podría decir por paradoja que aquí la mitad excedía al enterol Anduvo sin parar, pasó por Gray's Road, fuéase aún más lejos, tanto, que no supo dónde. Un dolor como el que experimentaba es de los que trastornan la existencia de un hombre. Cuando tres meses antes Beatriz le declaró que no podía amarle, vimos que el golpe fué ruído, pero Beatriz continuó siendo la mujer de sus ensueños, y conservó aún la esperanza, porque en semejantes casos esto es lo último que se pierde; mas ¿y ahora? ¡Ni la sombra siquiera de ella! Rióse amargamente recordando las horas que pasara buscando la razón de lo que diera en llamar la enfermedad de Beatriz, su apatía y su indiferencia hacia el

mundo exterior. A la sazón había descubierto la verdadera causa de todo, y no le extrañó que se mostrase fría y reservada con semejante secreto, oprimiendo su corazón y con tan gran peligro suspendido sobre su cabeza. ¡Pobre joven! ¡Pobre mujer!

Comprendió de qué modo habían preparado la llegada del niño a Hazlewood, de lo que se encargó como es natural Sarah. Como consecuencia de esto, se explicó una contradicción que anteriormente le llamara la atención, aunque no se fijó mucho en ello, ni le dió importancia. La noche que en la biblioteca le dijo que confiase, que no perdiese la esperanza, le manifestó que Beatriz la había salvado de la miseria mientras que Horacio le aseguró que antes de que entrase a servir en su casa les era desconocida. Aquella mujer tan extraña le invitó a esperar; ¿el qué, si no tenía esperanza de nada? Ni aun en el caso, como con vergüenza se consideraba capaz de hacerlo, de olvidar la propia dignidad para casarse con Beatriz, creía posible que desapareciese la infranqueable barrera que se elevara entre ambos y que la joven sería quien la sostuviera con más empeño. En este punto creía no desconocerla, le constaba que expiaba su falta, y que moralmente llevaba un cilicio y la ceniza en la frente.

Frank no podía quejarse ni arrojarla la primera piedra, porque Beatriz no fué coqueta y rechazó el amor que la ofrecían, y a la sazón comprendió demasiado el por qué de la negativa. Sabía, además, que le amaba, y que amándole no sería jamás suya. Esta sola idea bastaba para volverle loco, y con seguridad que ninguno de sus amigos habría reconocido a Frank en aquel joven que, cabizbajo y frunciendo el entrecejo, recorría sin dirección fija las tranquilas calles de los alrededores de Londres.

Pero ¿y la huida? ¿A qué? Ningún temor ni peligro nuevo podían amenazarla. ¿Huía a causa de su llegada? ¿Temió vacilar en su firmeza, dejando adivinar el estado de su corazón y tal vez verse obligada como consecuencia a revelarle que el amor entre ambos era imposible? No, no debía ser así, porque con una sola palabra dicha a tiempo le habría obligado a permanecer en Londres, y, todo lo contrario, no sólo le dejó hacer el viaje, sino que no trató de evitarlo. Entonces fué cuando acudió a su memoria el recuerdo de aquel hombre que al parecer la buscaba, y se

estremeció, y sin saber por qué se mordió los labios, pero su segundo pensamiento fué buscar al desconocido y averiguar qué era lo que deseaba de Beatriz. Cambió luego de resolución; no, no quería buscar a aquel hombre, porque no tenía que averiguar nada nuevo después de lo que oyó, y todo nuevo informe no podía contribuir más que a aumentar su desesperación. No le quedaba nada en el mundo más que el trabajo; pues un trabajo sin descanso es el mayor consuelo que se puede dar a un hombre. Continuó andando sin dirección fija, dominado por un dolor tan profundo que casi le arrancaba lágrimas, y una rabia sombría producida por la imposibilidad de modificar en nada el estado de las cosas.

Y además de esto le costaba mucho trabajo hacer esfuerzos para derribar a su ídolo del pedestal en que lo colocó, pues no veía en Beatriz más que a la hermosa y altiva joven a la que amó, y conoció entre todas aquellas en las que la calumnia no podía hacer presa. Antes de que terminase aquel paseo dado a la ventura, habíanse cambiado sus sentimientos, y sólo le dominaban la piedad y la misericordia, habiéndose desvanecido toda su cólera. No pensaba más que en Beatriz y en su desgracia, no deseando más que una cosa, verla y decirla que andaba alguien por el mundo que la amaría como un hermano. La loca esperanza que concibiera de que en adelante consideraría su desaparición con tanta tranquilidad como sus parientes, parecióle de repente imposible. Resolvió ir en su busca con la mano tendida, diciéndola que conocía su secreto, aconsejándola y protegiéndola si era necesario contra toda nueva prueba en el porvenir.

En cuanto a él, conocía—o al menos creía conocer—todo lo que la vida le reservaba, y hacía tristes comparaciones con lo que ésta le ofrecía a su modo de ver pocos días antes.

Por lo que hace a quejarse de Beatriz, ¿por qué lo hubiera hecho? ¿Qué motivos había dado o en qué le ofendió?

XXVII

Una mano compasiva

Tomar una resolución, jurar que se encontrará a una joven que huyó sin dejar ninguna huella y conseguirlo son dos cosas muy distintas. El mundo es bastante grande, y los encuentros que facilita la casualidad no son tan frecuentes al crédulo lector.

Esta era al menos la opinión de dos hombres que por motivos muy distintos tenían iguales deseos de encontrar a la fugitiva. El primero era Mauricio Hervey, el segundo Frank Carruthers.

Mauricio Hervey hizo una segunda visita a Oakbury y pudo averiguar que Beatriz, acompañada de la niñera y Enrique, se había dirigido a Londres, por lo que se despidió de Blacktown y volvió a la capital. Cuanto más estudiaba la situación, más convenía en que se la habían jugado de puño y que mientras ignorase la residencia de Beatriz continuaba reducido a la impotencia. Es cierto que podía gozar del placer de la venganza, pero a un precio exorbitante. Podía dirigirse a sir Maingay y decirle era su yerno a los Talbert y contarles que se había casado con su sobrina cuando ésta era casi una colegiala, pero ¿qué adelantaría? Una vez quemada su pólvora quedaba su fusil sin carga. Este medio podría servirle para obligar a Beatriz a ir a su lado, mas no para pescar su dinero. Empleando este medio tendría que habérselas con hombres experimentados en vez de tratarse de una joven que le temía por miedo al escándalo. Sólo podía vender una mercancía, el silencio, y para comprarla sólo tenía un comprador, su esposa. Con ésta podía tratar ventajosamente, pero en cual-